

apenas se advierte. ¿Y qué diremos del rancho? En los primeros tiempos se ve con repugnancia, hasta con asco; pero poquito á poco la repugnancia se vence, el asco desaparece, y á fuerza de paciencia, y paciencia, y paciencia, que es la gran virtud del soldado, y con hacerse cargo de que no puede pasarse por otro camino, con lo cual se da de mano á las quejas y á las lamentaciones que, vengan ó no á pelo, se levantan por cualquier cosa, se come lo que hay, y se come con apetito, y hace muy buen provecho. Porque cuando se trabaja, y del trabajo resulta fatiga, y se tiene el corazón tranquilo, y el convencimiento de que se ha cumplido con el deber que á cada uno atañe, no falta nunca el apetito, y no hay mejor condimento en el mundo, ni cocinero más hábil que las buenas ganas de comer. Por algo se ha dicho que á buen hambre no hay pan duro, ni mala cama á buen sueño. Sólo los haraganes y perezosos son los que jamás están contentos y á todo le ponen reparos. En cambio, los que saben hacerse cargo de su situación, cumplen alegres y satisfechos el tiempo de su empeño, por cuya razón se captan el aprecio de sus superiores, el afecto de sus compañeros y el cariño de sus paisanos, habiéndolos, y no pocos por cierto, que al tomar su licencia, se llevan una hoja muy limpia y muy honrosa, por lo mismo que en todo el tiempo que han permanecido en las filas, en el largo período de cinco años, ni una sola vez han estado en la prevención, ni ha debido imponérseles el castigo más insignificante. ¿Y tú querrás ser uno de éstos, verdad?

El soldado hizo con gran viveza una señal afirmativa.

— Perfectamente. No vayas á creer tampoco que sean todo espinas en nuestra carrera: también hay flores en ella para quien sabe buscarlas, y los buenos soldados las encuentran siempre. Procura cumplir tu obligación con buena voluntad; sé aseado en el vestir, respetuoso y obligado, y más de una vez llegarán á tus oídos palabras de elogio pronunciadas

por tu capitán y por los oficiales de tu compañía, que te sabrán á gloria, y aumentarán en tu corazón la alegría y en tu cuerpo el apetito, y los días se te pasarán sin sentir. Sin esto, ¿quién es capaz de decir lo que pasará en cinco años? Puede suceder muy bien que en el transcurso de ellos, se cambie diez veces de guarnición, y en tal caso los meses parecen días. Verás nuevos países, ciudades, campiñas, montes, mares, un mundo nuevo y distinto, todo el hermoso suelo de nuestra amada Italia, que hasta el presente sólo de nombre conoces, y en todas partes verás maravillas que ni en sueños has podido imaginar: estatuas, iglesias, palacios, jardines, que podrás ver y contemplar á tus anchas en las horas que deja libres el servicio, y más tarde, cuando hayas vuelto á tu casa, podrás contarlo todo y referírselo todo á tus amigos y á los de tu familia. Después, en cuanto llegue el verano, iremos al campo de instrucción, donde se reunirán ocho, diez, veinte regimientos, y caballería y artillería, y verás el magnífico efecto que produce el campamento, y el rumor, la animación, la vida que reinan en él durante todas las horas del día, y las maniobras, los simulacros de batallas con ejercicios de fuego, y las fiestas regocijadas con que antes de levantar el campo se pone término á las maniobras, con músicas, bailes, tómbolas, carreras, y todos los oficiales y aun los mismos generales divirtiéndose y bromeando en presencia de los soldados, y las gentes de todas las poblaciones situadas á tres leguas á la redonda que acudirán en gran número á fin de disfrutar de tan soberbio espectáculo. Para entonces tú conocerás ya á todos los soldados del cuerpo, entre los cuales contarás muchos y muy buenos amigos; el regimiento te parecerá una gran familia, y cuantos honores se tributen al regimiento los considerarás como propios y lo mismo que si á tí en persona se tributaran; y estimarás al coronel como á otro padre, y cuando verás comparecer la bandera delante de tu batallón formado en línea, y la música romperá con

los sonos majestuosos de la marcha real, y todos presentarán las armas, sentirás latir tu corazón de orgullo y entusiasmo, y sin darte cuenta de ello te estremecerás á impulsos de generosa conmoción. Y poquito á poco irás cobrando afecto á todo, á tus armas, á tus divisas, á tu fiambarrera, á este patio, á estas escaleras, á estas paredes; y cuando llegue el día de marcharte á tu casa por cumplido, y te hayas despedido ya de tu capitán, los oficiales, los sargentos, los cabos y los demás soldados irán á saludarte y despedirte y «adiós;» y «buen viaje;» y «que no nos olvides;» y sin que puedas remediarlo se te oprimirá el corazón; sí, se te oprimirá lo mismo que cuando dejaste á tu familia para venir al regimiento; y estarás ya en la calle y aún volverás la cabeza para mirar por vez postrera las ventanas del cuartel, y detendrás el paso, y con voces salidas de lo más íntimo del pecho, dirás:—¡Adiós, mi segunda casa paterna, en la cual he encontrado tantos amigos á quienes he querido con toda mi alma; en la cual han transcurrido, serena la conciencia y tranquilo el corazón, tantos y tantos días de mi juventud; en la cual he pensado gozoso en aquellos á quienes amo! ¡adiós, mi amado lecho! ¡adiós, mi amado cabo de escuadra! ¡adiós, mi teniente! ¡adiós, mi amado capitán!... — ¿Qué tienes?

El recluta permanecía inmóvil, atónito, con el rostro convulso, con la respiración anhelante, con los ojos humedecidos, con los labios contraídos por una leve sonrisa.

— ¿Qué tienes?

Hizo un esfuerzo para recuperar la voz bajando la cabeza y alargando el pescuezo cual si quisiera tragar un gran bocado; pero no pudo conseguirlo y sólo se sintió con alientos para decir apresuradamente y sin apenas abrir los labios:

— Nada.

El oficial sonrió.

— ¿Sabes escribir?

—...Un poco,—contestó el recluta suspirando fuertemente.

— Entonces, sígueme.

Y se dirigió al cuarto de banderas seguido del recluta. Ya en él, el oficial hizo sentar á su compatriota delante de la mesa, púsole una pluma en la mano, delante un pliego de papel, y le dijo:

— Escribe á tu padre.

El recluta le miraba con un palmo de boca abierta.

— ¿Qué le escribirás á tu padre?

—...¿Qué le he de escribir?

— Pues lo que has visto, lo que piensas, lo que sientes, cuanto quieras.

— Pero...

— Silencio: mientras no hayas concluido no te permito pronunciar una sola palabra.

Y situándose junto á la ventana, reanudó la interrumpida lectura del diario. El recluta siguió mirándole con ademán de estupor, después inclinó la cabeza, meditó durante un rato, y comenzó á escribir poquito á poco.

Al cabo de un cuarto de hora, el oficial preguntó:

— ¿Falta mucho para concluir?

— He concluido,—contestó el soldado lleno de satisfacción.

— Lee, pues.

— ¿Leer?

— Pues está claro.

Le daba vergüenza.

— Lee, te digo.

Disponíase á obedecer.

— Dime antes: ¿has escrito la verdad? ¿Has sido sincero? ¿Has dicho realmente lo que piensas y lo que sientes?

El soldado se puso una mano encima del pecho.

— Lee, pues.

Y comenzó á leer pausadamente:

«Querido padre:

»Sabrán ustedes que llegamos al regimiento y en seguida nos hicieron cortar el pelo y nos vistieron. Y también sabrán que aquel señor oficial que es de nuestro mismo pueblo, que ya saben cómo se llama, está también en el regimiento, y hoy mismo le he visto en el patio del cuartel, y he hablado con él mucho más de una hora. Aquí no se come á lo señor, que cuesta mucho preparar comida para tantos; pero cumpliendo la obligación no falta el apetito. Los superiores regañan; pero aquello que dicen algunos de que son orgullosos y poco considerados no es verdad, de manera que soldados hay que se han hecho matar para salvarles la vida, y aun después de muertos no han querido dejarlos entre las manos de los enemigos. También hay soldados que jamás han sufrido el menor castigo, y así pienso que será de mí. Y el tiempo del servicio pasará pronto porque nos harán viajar, y veremos muchas tierras y otras cosas, y después iremos á las maniobras y al campamento y los generales se divierten lo mismo que los soldados y habrá bailes y tómbolas. Y habéis de saber que es una gran cosa y que agrada mucho el ver la bandera del batallón y oír la música: y se encuentran muy buenos amigos, y el coronel, que es viejo, viene á ser un segundo padre para los soldados y nosotros como hijos suyos. Y sin más, puede usted mandar y disponer de su hijo que le quiere.»

— ¡Perfectamente! — dijo el oficial, — y ahora para complacerme, irás á echar un trago á la salud de todos los reclutas. Toma.

Y le dió un billete.

— ¡Oh, señor oficial! — dijo el recluta avergonzándose y haciendo ademán de rehusar.

— ¿Cómo se entiende? — exclamó el oficial en tono amenazador.

El recluta tomó el billete, y disponiéndose á salir, balbuceó algunas frases de gratitud.

— Yo, señor oficial... yo no sé cómo...

— ¡Silencio!

Salió apresuradamente, echó á correr, y en cuanto se vió en mitad del patio dió tres saltos de contento, frotándose las manos y hablando consigo mismo. Penetró en la cantina, pidió un vaso de vino, que la cantinera le sirvió con mucha gracia y donaire, hasta el punto de hacerle olvidar la escena que poco antes le había acontecido, bebió, y salió...

Apenas hubo traspuesto la puerta, encontróse de manos á boca con el cabo de marras, que se le acercó con rostro menos fiero y con ademán más cortés.

— Oye, tú, — le dijo, — ¿es pariente tuyo aquel oficial con quien has estado hablando casi una hora?

— No.

— Pero, ¿le conocías?

— Mucho.

— ¿Sería por ventura aquel oficial de tu pueblo por el cual preguntabas?

— El mismo.

— Pues mira, cuando me lo preguntaste no se me ocurrió.

— No le hace.

— Si se me hubiese ocurrido, te habría contestado.

— Gracias.

Alejóse el cabo, y en cuanto quedó solo el recluta, dijo para sus adentros:

— Después de todo, se ve que este cabo no tiene nada de malo.

Entretanto los soldados comenzaban á regresar al cuartel formando grupos, hablando en alta voz y canturreando. Entre ellos podía notarse uno formado exclusivamente de reclutas, que estaban un tanto alegrillos, y metían un ruido de todos los diablos.

«—Cuando los otros alboroten, métete en el grupo, y alborota más que los otros,» —había dicho el oficial. El recluta lo recordó, y dijo para su capote: —Debo alborotar; pero ¿qué gritaré?... ¡Ah! ya lo sé, —y con toda la fuerza de sus pulmones, exclamó: — ¡Viva el soldado Perrier!

Y los otros, probablemente sin haber comprendido una sola palabra, contestaron: — ¡Viva!

Nuestro soldado se unió al grupo, y juntos todos ellos, cantando y gritando subieron al dormitorio.

El oficial, que le había estado contemplando desde la ventana, dijo para sus adentros:

—Este muchacho será un buen soldado.

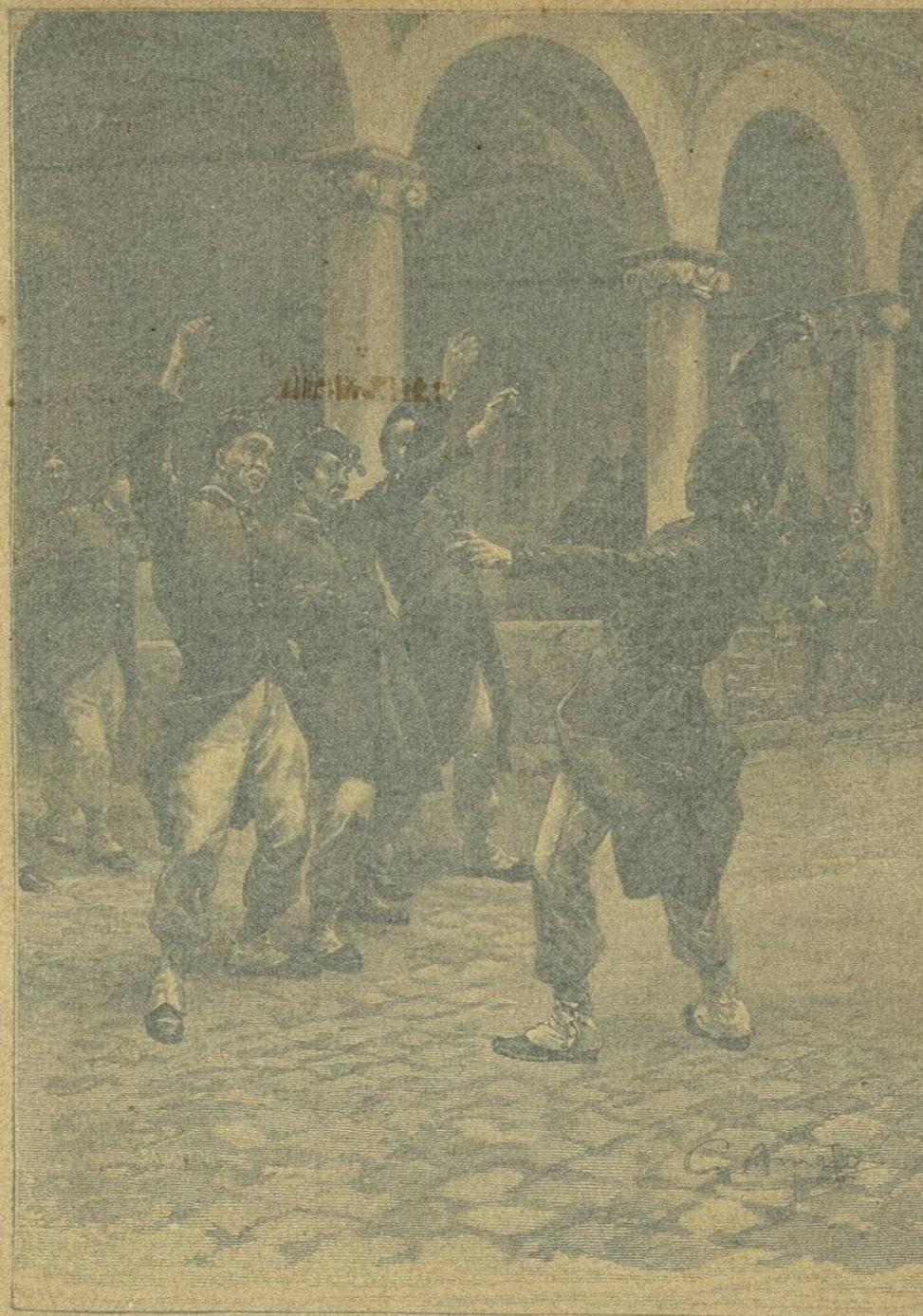
Y como había oscurecido, y brillaban en el firmamento millares de estrellas, y llenaba el patio aquel alegre rumor, y junto á la puerta del cuartel se oían los sonos de la banda tocando retreta, despertóse en su corazón una mezcla indefinible de sentimientos generosos, de manera que, casi sin darse cuenta de ello, sin saber por qué, levantó los ojos al cielo, y exclamó afectuosamente:

— ¡Perrier!

Y pasado un instante:

— ¡Pobre Perrier!... ¿Dónde estás? ¿Oyes á los que pronuncian tu nombre?

Porque ello es que, al contemplar el cielo en noche serena y apacible, se vienen espontáneamente á los labios los nombres de las personas más queridas y respetadas.



La vida militar.

Y con toda la fuerza de sus pulmones, exclamó: — ¡Viva el soldado Perrier!

«—Cuando los otros alboroten, métete en el grupo, y alborota más que los otros,»—había dicho el oficial. El recluta lo recordó, y dijo para su capote:—Debo alborotar; pero ¿qué gritaré?... ¡Ah! ya lo sé,—y con toda la fuerza de sus pulmones, exclamó:— ¡Viva el soldado Perrier!

Y los otros, probablemente sin haber comprendido una sola palabra, contestaron:— ¡Viva!

Nuestro soldado se unió al grupo, y juntos todos ellos, cantando y gritando subieron al dormitorio.

El oficial, que le había estado contemplando desde la ventana, dijo para sus adentros:

—Este muchacho será un buen soldado.

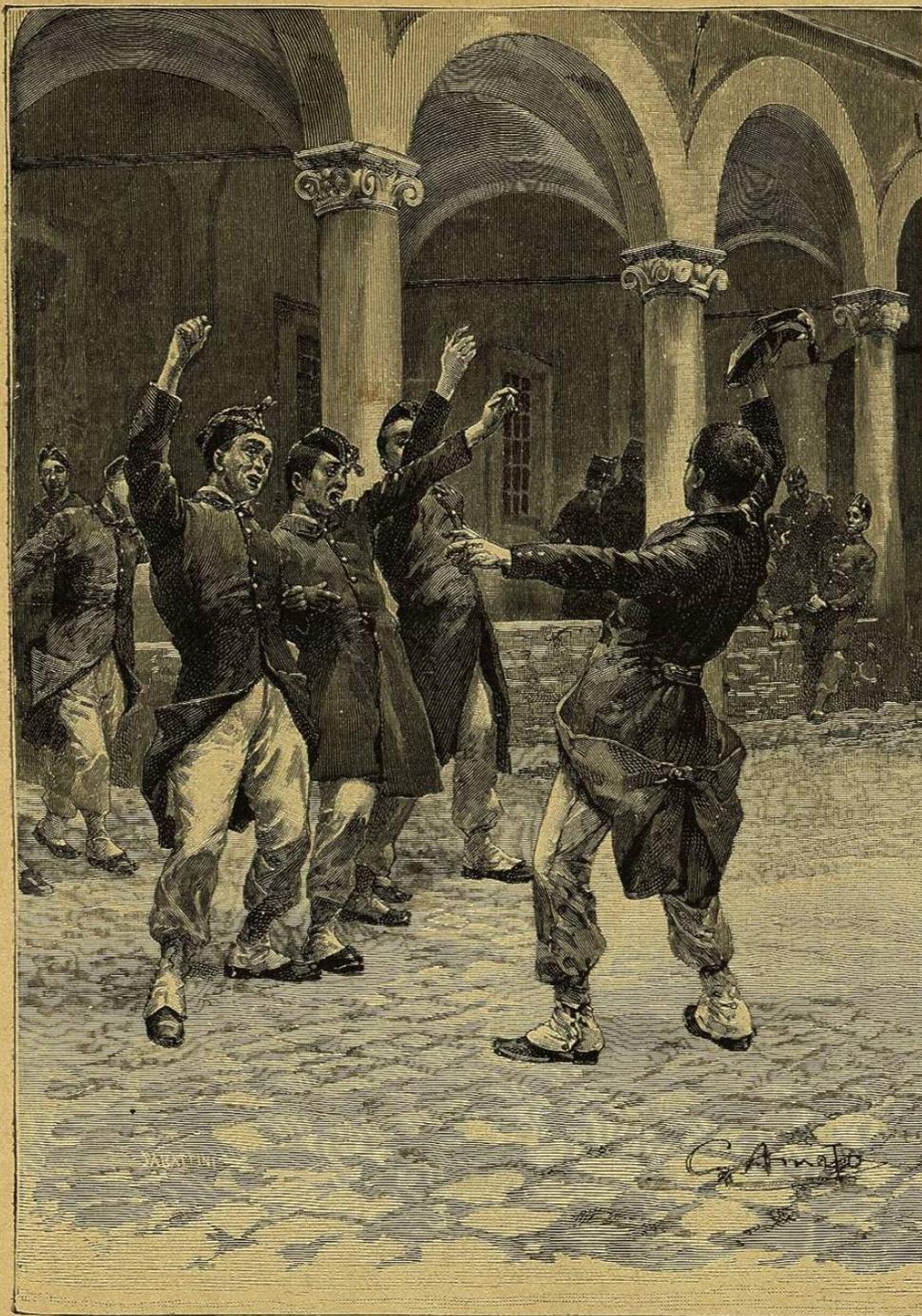
Y como había oscurecido, y brillaban en el firmamento millares de estrellas, y llenaba el patio aquel alegre rumor, y junto á la puerta del cuartel se oían los sonos de la banda tocando retreta, despertóse en su corazón una mezcla indefinible de sentimientos generosos, de manera que, casi sin darse cuenta de ello, sin saber por qué, levantó los ojos al cielo, y exclamó afectuosamente:

— ¡Perrier!

Y pasado un instante:

— ¡Pobre Perrier!... ¿Dónde estás? ¿Oyes á los que pronuncian tu nombre?

Porque esto es que, al contemplar el cielo en noche serena y apacible, se viene espontáneamente á los labios los nombres de las personas más queridas y respetadas.



La vida militar.

Y con toda la fuerza de sus pulmones, exclamó:— ¡Viva el soldado Perrier!